

“REHABILITANDO UNA REPUTACIÓN”

Mensaje para el segundo domingo de Pascua

Del pastor Norman Staker

HECHOS 2: 14A, 22-32 ** 1 PEDRO 1: 3-9 ** JUAN 20: 19-31

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA RESUCITADO; VERDADERAMENTE HA RESUCITADO!

Una señora entró en una heladería de Beverly Hills, California, para comprar un helado. Se sorprendió cuando Paul Newman entró y se paró justo detrás de ella. Aunque nerviosa, estaba decidida a mantener la compostura. Pagó su helado y salió con confianza. Afuera, se dio cuenta de que no tenía su helado. Para no quedar en ridículo, esperó unos minutos antes de volver a entrar en la tienda. Al no encontrar su helado en el mostrador, se detuvo a pensar dónde podría estar. Un suave toque en el hombro interrumpió sus pensamientos. Se giró y se encontró cara a cara con Paul Newman. Él le sugirió amablemente que, si buscaba su helado, mirara en su bolso. La aparición de Paul Newman tuvo un impacto asombroso en aquella señora. Las personas famosas suelen tener un impacto en nosotros.

Mientras preparaba este mensaje para hoy, me topé con un artículo interesante cuya idea central era esta: que Dios puede usar a cualquiera para iniciar algo increíble. Y Dios puede usar a personas comunes como nosotros para realizar un ministerio extraordinario.

¿Alguien aquí tiene un apodo que le pusieron en la primaria, la secundaria o incluso después, un apodo que se le haya quedado? Los apodos suelen centrarse en algún aspecto de la apariencia o el carácter de una persona, o en algún incidente de su vida. Recuerden que en historia aprendimos sobre Eric el Rojo, Ricardo Corazón de León, el rey loco Luis II; en la iglesia cantamos sobre el buen rey Wenceslao.

Ese mismo tipo de nombres se aplica a nuestra propia experiencia vital. Un niño pierde el balón en un partido de fútbol americano en el patio del colegio y durante mucho tiempo se le conoce como "Manos de mantequilla". Al niño más pequeño

del barrio lo llaman "Pee-Wee" y el apodo se le queda. Al niño más rudo del pueblo se le conoce como "Matón", al menos entre los que le temen. Pocas personas eligen sus apodos y es probable que pocas estén contentas con cómo se las llama y se las conoce. Conocí a un chico al que le pusieron el apodo de "Pavo", que luego se acortó a "Turk" porque consiguió el papel protagonista en una obra de teatro de Acción de Gracias en quinto de primaria. Muchos de sus primos imitaban el graznido de un pavo cada vez que lo veían. Pero sobrevivió y llegó a ser pastor en el Sínodo del Sur de Ohio, en una iglesia llamada Bethel; sí, ese era yo, ¡y algunos primos todavía me llaman Turk unos 60 años después!

Muchas personas dudaban de la existencia de Dios; aún hoy lo hacen. Muchas personas dudan de la resurrección. En aquella primera Pascua, hace muchos años, uno de los discípulos se negó a creer en la resurrección. Tenía dudas. Hoy vamos a analizar a ese hombre y ver cómo sus dudas son también las nuestras. Veremos además cómo Jesús sanó a este hombre de la enfermedad de la duda y cómo nos sana a nosotros hoy.

Es muy probable que Tomás se sienta molesto por la forma en que se le recuerda. Tomás fue un discípulo que demostró gran lealtad y valentía. Cuando Jesús anunció que regresaría a Judea, a pesar de que allí habían intentado apedrearlo, Tomás fue el primero en decir: «Vayamos con él». Estaba dispuesto a apoyar a Jesús ante el peligro. Se dice que Tomás llevó el cristianismo hacia el este, incluso hasta la India. Sin embargo, al mencionar a este discípulo, la mayoría lo llamará «Tomás el incrédulo».

Esta percepción está tan arraigada que es posible que no percibamos nada más en esta emocionante e importante historia sobre la aparición de Cristo resucitado a sus discípulos. Como sabemos, Tomás no estaba con los demás discípulos cuando Jesús se apareció por primera vez. El Evangelio nos dice que se escondían tras puertas cerradas. Su maestro había sido arrestado, juzgado y ejecutado. Su mundo se había conmocionado y temían por sus vidas.

¿Te has preguntado alguna vez dónde estaba Tomás? Quizás no estaba tan asustado como los demás. Más tarde se une a ellos y escucha su relato de que han visto al Señor. La conversación inmediatamente lleva a Tomás a decir que necesita ver la marca de los clavos en las manos de Jesús y la herida en su costado. No se dice nada más sobre el motivo en las voces, pero podemos considerar que, al pedir ver las marcas de los clavos y la herida, Tomás no era más incrédulo que el resto de los discípulos después de escuchar a las mujeres contar su experiencia en la tumba vacía. Los demás habían escuchado el relato de María Magdalena sobre su

encuentro con Cristo resucitado, pero su historia no los había convencido. Seguían escondidos.

Hay algo realmente maravilloso en la interacción entre Jesús y Tomás. Nos reconforta enormemente, ante nuestras propias preguntas y dudas, que Jesús no reprenda a Tomás cuando este pide ver las marcas de los clavos y la herida. Tomás expresa una necesidad sincera. Las primeras palabras que Jesús pronuncia en esta segunda aparición a sus discípulos son las mismas que antes dirigió a este grupo de hombres conmocionados y temerosos: «La paz sea con vosotros». No son palabras de acusación ni de condena, sino de bendición.

Tú y yo podríamos escuchar las palabras de Jesús, dichas con dulzura y amor, animando a Tomás a seguir adelante en su búsqueda de consuelo. Jesús le dijo a Tomás: «Pon aquí tu dedo y mira mis manos. Extiende tu mano y métela en mi costado». Con ese mismo tono y actitud, sin reproches ni condenas, Jesús ofrece una invitación y un aliento: «No dudes, sino cree».

Consideremos el impacto de Jesús en la historia. Alguien señaló: “Sócrates enseñó durante 40 años, Platón durante 50, Aristóteles durante 40, y Jesús solo 3; sin embargo, la influencia del ministerio de Cristo durante 3 años es mayor que el impacto combinado de los 130 años de enseñanza de estos hombres, quienes se encuentran entre los más grandes filósofos de todos los tiempos. Jesús no pintó cuadros; sin embargo, algunas de las mejores pinturas de Rafael, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci se inspiraron en Él. Jesús no escribió poesía; pero Dante, Milton y muchos de los más grandes poetas del mundo se inspiraron en Él. Jesús no compuso música; aun así, Haydn, Handel, Beethoven, Bach y Mendelssohn alcanzaron la máxima perfección melódica en la música que compusieron en su alabanza. Cada ámbito de la grandeza humana se ha enriquecido con Jesucristo”.

Jesús ha influido en nuestro mundo y quiere influir en nuestras vidas. ¿Qué sucede cuando Jesús se manifiesta en tu vida? Escucha de nuevo las palabras de nuestro texto de esta mañana: «Aquel mismo día, al anochecer, el primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos, por temor a los judíos, Jesús vino y se puso en medio de ellos, y les dijo: “La paz sea con ustedes”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: “La paz sea con ustedes. Como el Padre me envió, así también yo los envío a ustedes”. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengan, les serán retenidos”».

Cuando apareció Jesús, todo fue diferente.

Todos conocemos el término «Tomás el incrédulo», porque Tomás dudó de que Jesús resucitara. ¿Habrías creído semejante historia? La Biblia nunca describe a Tomás de esa manera. Describe su momento de duda. Pero es solo un momento, y lo supera rápidamente. Su identidad, a pesar de nuestra percepción y descripción de él, no se basa en ese momento. A lo largo de los años, Tomás ha sido estigmatizado en exceso, al igual que este ranchero tejano:

Se cuenta que un ranchero de Texas compró diez ranchos y los unió para formar una propiedad gigantesca. Su amigo le preguntó el nombre de su nuevo megarrancho. Él respondió: "Se llama Círculo Q, Arroyo Rambling, Barra Doble, Círculo Roto, Arroyo Torcido, Herradura Dorada, Lazy B, Flecha Doblada, Sleepy T, Rancho Triple O".

—¡Guau! —dijo su amigo—, apuesto a que tienes mucho ganado.

—En realidad no —explicó el ganadero—. No muchos sobreviven al marcado.

La historia de Tomás es muy similar a muchas de nuestras vidas emocionales. Cuando el Señor transforma algo en nuestras vidas, nos volvemos muy decididos a seguir ese llamado. Sin embargo, si nos dejáramos llevar por nuestra propia determinación, pronto nos volveríamos orgullosos y arrogantes, creyendo que fue nuestra causa del cumplimiento de ese llamado. Dios permitirá que ciertas circunstancias interrumpen nuestro llamado para que nos volvamos más dependientes de Él. Nos permitirá darnos cuenta de que no somos capaces de comprender plenamente nuestro llamado, y también nos mostrará que no tenemos todas las cualidades para él.

Recuerda, como me dijo una vez un amigo: «Dios no llama a los capacitados, capacita a los llamados». Enseguida nos daremos cuenta de que habrá momentos en que no sabremos qué camino tomar. Este suele ser el punto de inflexión en la vida espiritual de muchas personas. Cuando llegan al punto de «no sé», muchas veces cambian de rumbo y siguen el camino que sí conocen. Seguir la ruta de «sé el camino» siempre termina en la desesperación. Si perseveramos y esperamos en el Señor durante esos momentos de incertidumbre, nos ayudará a superar la siguiente etapa.

La noche de Pascua, los discípulos estaban reunidos en una casa, escondidos tras puertas cerradas. Algunos habían visto a Jesús con vida y ahora estaban asustados.

¿Qué harían los líderes judíos? ¿Serían arrestados? ¿Los acusarían de robar el cuerpo? ¿Alguien les creería si contaran que Jesús había resucitado? Se escondían de los fariseos y saduceos, con la esperanza de evitar la confrontación.

De repente, Jesús apareció en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con ustedes». Jesús siempre dice justo lo que se debe decir en el momento oportuno, ¿verdad? Les dice que pueden sentir paz en sus corazones. Él estaba allí, y no tenían nada de qué preocuparse. Les mostró las manos y el costado para demostrarles que no era un fantasma, sino el mismo Jesús que conocían, el mismo Jesús que habían visto crucificado tan solo tres días antes.

El apóstol Tomás no estaba allí. Cuando regresó, los discípulos le contaron que Jesús se les había aparecido. Pero Tomás no creyó: «Si no veo en sus manos las marcas de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré». Es difícil ser más escéptico que eso, ¿verdad? No creeré a menos que vea una prueba visible.

¿Por qué se negaba Tomás a creer? Porque Tomás era una persona práctica y vivía en un mundo práctico. Quedó destrozado el Viernes Santo cuando Jesús murió. Pero no estaba dispuesto a sucumbir a la fantasía. Muerto era muerto, y punto. Nadie en su sano juicio dudaría de que un prisionero estuviera muerto cuando los romanos lo afirmaban. ¡Eran expertos en matar! No es que Tomás no quisiera creer que Jesús seguía vivo. Pero Tomás sabía cómo funcionaba el mundo. Muerto era muerto, y punto.

Así es como nuestro mundo percibe hoy la resurrección de Jesús. Una idea interesante, pero en realidad no ocurrió. Muchos se empeñan en demostrar que la resurrección de Jesús fue espiritual. Jesús resucitó solo en el sentido de que su espíritu sigue presente, de forma similar a como el espíritu de Abraham Lincoln continúa influyendo en Estados Unidos.

Siempre es así. La victoria de la Pascua es la victoria de la Resurrección. De la desesperación surge la esperanza. De la debilidad nace la fuerza. En medio del dolor hay paz. La tristeza se transforma en alegría. En lugar de la muerte, hay vida.

Con todos nosotros en nuestros momentos de mayor necesidad está Cristo resucitado. En Él reside la victoria pascual que vence al mundo.

Solo Jesús podía lograr esto. Si alguien apareciera en medio de mi habitación por la noche y dijera: «¡La paz sea con ustedes!», probablemente me asustaría

muchísimo. Pero el propósito de Jesús no era asustarlos. Su propósito era asegurarles que tenía todo bajo control. Una vez que vieron quién estaba con ellos, pudieron descansar tranquilos. Jesús, su maestro, su líder, y como Tomás dijo más tarde, su «Dios», seguía con ellos, más fuerte que nunca. Podían descansar tranquilos sabiendo que Jesús los protegía. Ya no tenían que temer a nada. Podían estar en paz.

Lo principal que debes recordar es esto: Jesús está vivo y bien. Él está en tu sala. Él está en tu escuela. Jesús está contigo en el trabajo. Él está a cargo de Irán, Estados Unidos y todos los demás países del mundo. Quizás no puedas oírlo, pero Él te está diciendo: «¡La paz sea contigo! Tranquilo, estoy aquí. No me he ido a ninguna parte. Incluso si hay una guerra nuclear a tu alrededor, no hay razón para tener miedo. Yo te estoy protegiendo». Esto no es un cliché. No es una frase bonita que nunca se cumple. No es un político diciéndote: «Yo te estoy protegiendo». Es tu Dios Todopoderoso que resucitó de entre los muertos diciéndote: «La paz sea contigo». El Dios Todopoderoso te está diciendo que te relajes; todo está bien. Él tiene todo bajo control.

Los animo a celebrar la presencia resucitada de Cristo hoy y todos los días, porque: Bienaventurados los que no han visto y, sin embargo, han creído.

Amén.